

Santidad y virtudes esenciales de la vida cristiana. Una lectura mariana*

JOSÉ ORLANDO REYES F.**

RESUMEN



El artículo indaga someramente por el sentido bíblico y teológico de la santidad, expresada en la fe, el amor y la esperanza, que nos conducen a una lectura mariana significativa para el creyente de hoy. También hace una invitación a ser en una sociedad personas de fe, asumiendo ésta como don, apertura, respuesta y fidelidad a Dios; y con el ejemplo de María, a abrirse a la Palabra y a su dinamismo, que dispone la existencia al encuentro con el otro en la vivencia del amor; porque el amor es el "estado permanente del cristiano" que activa la espera gozosa de nuevas realidades humanas, impregnadas por la acción de salvación de Dios en la historia.

Palabras clave: *Santidad, fe, amor, esperanza, María, virtudes.*

* El presente texto se enmarca dentro de lo que Colciencias clasifica como revisión de tema. Fecha de recibo: 20 de junio 2007. Fecha de evaluación: 30 de julio 2007. Fecha de aprobación: 12 de marzo de 2008.

** Profesional, Licenciado y Magíster en Teología, Pontificia Universidad Javeriana; Especialista en Docencia Universitaria, Universidad del Bosque; Maestro en Educación, Pontificia Universidad Javeriana; profesor asistente de la Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana. E-mail jose.reyes@javeriana.edu.co

Agradezco la lectura objetiva y crítica, así como los debidos aportes que han sido incluidos en este artículo, al padre Carlos Guillermo Álvarez Gutiérrez, CJM, cuya vivencia y reflexión mariológica ha permitido la revisión de la presente reflexión.

HOLINESS AND THE ESSENTIAL VIRTUES OF CHRISTIAN LIFE.

A MARIAN READING

Abstract

This paper researches concisely the biblical and theological meaning of holiness, expressed in faith, love and hope, which leads us to a Marian reading meaningful for the present day believer. It also invites the reader to be in the society a person of faith, assuming it as a gift, aperture, response and fidelity to God; and with the example of Mary opening up to the Word and its dynamicity, which disposes the existence to the meeting with the others in the living experience of love; because love is the "permanent state of a Christian" which activates the joyful expectancy of new human realities, impregnated by the saving action of God in history.

Key words: Holiness, faith, love, hope, Mary, virtues.

SANTIDADE E VIRTUDES ESSENCIAIS DA VIDA CRISTÃ.

UMA LEITURA MARIANA

Resumo

O artigo indaga simplesmente por o sentido bíblico e teológico da santidade, na expressão da fé, o amor e a esperança, que leva-nos a uma leitura mariana cheia de significação para o fiel de hoje. Também faz uma incitação a ser uma sociedade de pessoas de fé, onde assume-se como dom, abertura o fidelidade a Deus; e com o exemplo de Maria na abertura da palavra e a seu dinamismo, que dispõe a existência ao encontro com ou outro na vivencia do "porque o amor é o estado constante do cristão amor" que ativa a esperança gozosa de novas realidades humanas cheias pela ação de salvação de Deus na história.

Palavras Chave: Santidade, fé, amor, esperança, Maria, virtudes.

INTRODUCCIÓN

*"Porque esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación."
(1Ts 4,3a)*

227

La santidad y las virtudes esenciales de la vida cristiana no son exclusivas en lo relacionado a la persona y misión de María, sino sobre todo en lo que atañe a la totalidad de la vida del creyente.

Esta reflexión se desarrolla en tres momentos articulados entre sí: el primero, propende por una breve mirada bíblico-teológica al sentido de la santidad, que permite constatar una máxima cristiana: Dios es el "Santo" por excelencia y su hijo Jesús, la revelación plena de su santidad, santidad a la cual está llamado a participar todo cristiano; el segundo, intenta dar algunas intuiciones sugerentes para la comprensión de la fe, el amor y la esperanza, como virtudes esenciales de la vida cristiana; y el tercero, propone a María, mujer, madre, discípula y misionera, desde la perspectiva de la fe, el amor y la esperanza, y desde esta perspectiva, convocados por María, a la construcción permanente de una sociedad incluyente y participativa, es decir, humanizante, liberadora y justa; porque "María es el templo, el santuario, la morada de Dios, donde el Señor puede ser encontrado, celebrado y amado".¹

UNA MIRADA BÍBLICO-TEOLÓGICA A LA SANTIDAD

Una mirada básica a la santidad implica recurrir, necesariamente, a algunos textos veterotestamentarios y neotestamentarios. Esto, con el fin de comprender la santidad desde la perspectiva bíblico-teológica, ya que ella se encuentra enraizada en la experiencia de la fe del pueblo de Israel y en la fe postpascual de la comunidad cristiana primitiva. Se presenta el legado generacional de la santidad como expresión del acontecer de la divinidad al interior de la persona que se abre a la acción transformadora del Espíritu del Resucitado, y que lo pone en funcionamiento a través de su actitud de servicio.

¹ Álvarez, *María. Discípula de Jesús y mensajera del Evangelio*, 60.

Santidad y experiencia creyente

Las diversas expresiones religiosas cristianas y no cristianas² permiten constatar que la santidad es un eje dinamizador de la experiencia de fe; y a su vez, tiene diversas connotaciones. Por ejemplo,

...en el mundo semítico, y en particular en el cananeo, la santidad expresa ante todo y fundamentalmente, la noción de una misteriosa potencia que está relacionada con el mundo divino y que es también inherente a personas, instituciones y objetos particulares.³

Al ser la santidad no sólo un concepto sino una experiencia equívoca, deja entrever su complejidad a la hora de ser abordada, ya que implica por sí misma lo sagrado en contraposición de lo profano, y más aún, su relación con el mundo de lo cultural.

Israel, el pueblo de la Biblia, conocedor de esta concepción cananea, no la asume sino que le da una nueva significación a las expresiones “santo” (adjetivo), “santidad” (sustantivo) y “santificar” (verbo) desde una misma raíz semítica *qds*⁴ –santo–, y las convierte en categorías fundamentales en la comprensión de la revelación bíblica.

De ahí que en este espacio académico sea una necesidad realizar –al menos someramente– un acercamiento a los aspectos bíblicos más revelantes en relación con el adjetivo “santo” y el sustantivo “santidad”.

Para tal fin, se retoman los aportes de G. Odasso⁵, provenientes tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, para la comprensión de las categorías “santo” y “santidad”.

² Para mayor profundización sobre las diversas expresiones religiosas, se puede consultar, entre otras, las siguientes referencias bibliográficas: Douglas Allen, *Mircea Eliade y el fenómeno religioso* (Madrid: Cristiandad, 1985); Francesca Brezze, *Las grandes religiones* (Bogotá: Norma, 1997); M. Dhavamony, *Teologías de las religiones* (Madrid: San Pablo, 1998); Carlos Manuel Díaz, *De historia de las religiones* (Bilbao: Desclée De Brouwer, 2004, 5a. ed.); A. Fierro, *El hecho religioso* (Madrid: Salvat, 1981); Carlos Gispert, *Religiones del mundo* (Barcelona: Océano, 2004); Raimundo Panikar, *Religión y religiones* (Madrid: Gredos, 1986); Jabier Pikaza, *Experiencia religiosa y cristianismo* (Salamanca: Sígueme, 1997); Francisco Sanpedro Nieto y Juan Daniel Escobar Soriano, *Las sectas: Análisis desde América Latina* (Bogotá: Celam, 2003).

³ Odasso, “Santidad”, 1779.

⁴ Un estudio detallado sobre el término desde lo lingüístico, es decir, teniendo en cuenta lo fonológico, sintáctico y semántico lo ofrece H.P. Müller, “Santo”, en *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento* (Madrid: Cristiandad, 1985. Tomo II, 741-768).

⁵ Odasso, “Santidad”, 1779-1788.

Antiguo Testamento: Santo es por excelencia Yahvéh

En todo el Antiguo Testamento, “santo” es un término que sólo puede aplicarse de modo absoluto y total a Yahvéh, Dios del éxodo y de la alianza, pues designa la dimensión inefable de su misterio absoluto. Sólo Dios es “santo” (cfr. Os 11,9; Am 4,2: el señor jura por su santidad, es decir, por sí mismo).

Para Oseas, la santidad de Dios consiste en su mismo amor: amor de Padre que libera a su pueblo y le enseña a andar (cfr. Os 11,1-4); amor de esposo, que perdona y renueva a su esposa, para que pueda vivir en la experiencia de su salvación, y por tanto, en la comunión de su alianza (cfr. Os 2,16.21-25). *En este contexto, la santidad divina aparece como la fuente de la misericordia perenne que renueva y transforma la vida de Israel como pueblo del éxodo y de la alianza.*

Así también lo es para Isaías. Yahvéh es “santo”: “santo, santo, santo” (Is 6,3), *lo cual significa que la santidad constituye la dimensión típica y absoluta del ser de Dios.* Dado lo anterior, se puede afirmar que “santo” indica a Dios en cuanto Dios que salva. De ahí la expresión “santo de Israel” que recoge Isaías (cfr. Is 1,4; 10,20; 12,6; 30,11-12; 43,3.14; 49,7; 60,14; 2R 19,22; Jr 50,29) para poner de manifiesto, en profunda sintonía la tradición del éxodo y de la alianza, el misterio de Yahvéh, que justamente en cuanto Dios se comunica y se manifiesta al hombre para hacerlo partícipe de su vida y, de algún modo, de su mismo ser.

Este aspecto se recoge al reconocer al “santo de Israel” como el único Dios, el único salvador que realiza el nuevo éxodo (cfr. Is 43,3-5.16-21), así como el creador de su pueblo, el que ama con amor fiel (cfr. Dt 7,9) y ternura sponsal (cfr. Is 54,4-10; Os 2,21-25); el que con su perdón misericordioso manifiesta el camino del verdadero éxodo en la alegría y en la paz (cfr. Is 55,5-12^a).

Esta significación profunda que adquiere el término “santo” no sólo la testimonian los textos proféticos, sino también otros, como el Salmo 99, 3: “Alaben tu nombre, grande y terrible: Él es santo.” O Ezequiel 36,23: “Yo santificaré mi gran nombre profanado entre las naciones.”

Lo anterior permite deducir que la confesión de Yahvéh como “santo” orienta la fe hacia la dimensión más íntima e inefable del misterio divino, para descubrir de esta manera el sentido último de la revelación de Dios, y por tanto, de su presencia salvífica.

Además, la comprensión de la realidad de Dios como “santo” trae sus consecuencias para el mismo pueblo; esto es, el pueblo comprende, pero a su vez asume a Dios como el distinto, el diferente, el separado y el totalmente Otro. En el mismo Dios está el modelo formal de santidad: “Santo es sólo lo que Dios ha separado, pues su misma santidad consiste en estar separado de lo profano.”⁶

De ahí que cuando los objetos, lugares y personas se hacen santos, se separan para Dios y merecen un trato diferente, que se vive en la práctica en la división de lo sagrado y lo profano, ya sea en el ámbito cultural como en la cotidianidad de la vida.

Es de advertir, entonces, que el término “santo” también es atribuido por extensión a objetos y lugares, a Israel, un pueblo santo, así como a personas, y a tiempos de la fiesta.

Objetos y lugares. Son denominados “santos” estos objetos porque al ser destinados al culto de Yahvéh se convierten en un signo o un memorial de la santidad divina que obra salvíficamente para su pueblo. Así, el arca es santa porque es el símbolo de la presencia de Dios (cfr. Ex 25,20-22; 1S 6,20).

Santo también es llamado el templo, no en cuanto edificación humana, sino en cuanto expresión de la presencia salvífica del Señor (cfr. Ex 25,8; Sal 11,4; Ha 2,20), que da su bendición (cfr. Sal 118,26), su Palabra (cfr. Sal 60,8) y su ayuda (cfr. Sal 20,3), escuchando y oyendo la oración de su pueblo (cfr. 1R 8,30-40). Santas son las ofrendas sacrificiales (cfr. Lv 6,1ss; 8,31ss; 14,13), porque el sacrificio en sus múltiples formas es signo del hombre, que al aceptar el don divino de la reconciliación llega a la comunión con el Señor (cfr. Ex 19,4); y dentro del templo, el altar también es llamado santo (cfr. Ex 29,36).

Israel, un pueblo santo. A Israel se le llama pueblo santo del Señor: “Tú eres un pueblo consagrado –santo– a Yahvéh tu Dios” (Dt 7,6; cfr. 14,2.21; 26,19; 28,9). *La santidad de Israel únicamente se puede entender como participación en la santidad divina, y por tanto, de su ser, de su vida y de su amor, y todo por propia iniciativa de Dios.*

⁶ Sobrino, *Resurrección de la verdadera Iglesia*, 122.

Ser “pueblo santo” implica para Israel un compromiso de caminar por las sendas de Dios observando su Ley (cfr. Dt 26,17-19). Por ende, la vida moral del pueblo aparece en este contexto como expresión de la santidad misma de Dios, según se recoge categóricamente en la Ley de santidad: “Yahvéh le dijo a Moisés: Di a toda la comunidad de los israelitas: Sed santos, porque yo, Yahvéh, vuestro Dios, soy Santo.” (Lv 19,1-2)

Personas. De igual forma, por extensión, el término “santo” está relacionado con personas, en particular, los sacerdotes, entendidos en esta perspectiva como signos de la santidad del Señor, que santifica a todo el pueblo (cfr. Ex 28,36-38; Gn 49,26; Dt 33,16; Jc 13,5-7.14; 16,17; 1S 1,11; Nm 6,5-8).

Al tiempo. Finalmente, la santidad es atribuida al tiempo de la fiesta, en cuanto representa al hoy en el cual el Señor convoca a su pueblo, y éste, en la celebración, renueva el memorial del Éxodo para actualizarlo en la vida de fe y de fidelidad a la alianza (cfr. Dt 29,3).

Ahora bien, es de anotar que la fiesta –en cuanto tiempo santo– conlleva un compromiso con el otro y alcanza su máxima expresión ideal en el jubileo: “Declararéis santo el año cincuenta, y proclamaréis por el país la liberación para todos los habitantes. Será para vosotros un jubileo; cada uno recobrá su propiedad, y cada cual regresará a su familia” (Lv 25,10). El tiempo santo es, en definitiva, el día en el cual se realiza el éxodo salvífico del Señor y se renueva la comunión con él, Dios vivo, en la experiencia de su amor y de su misericordia (cfr. Is 61,10-11).

En conclusión, todo aquello que por extensión es llamado “santo” se debe leer con la clara conciencia de que el Señor es el único “santo”, y debe dar paso a la comprensión del misterio de Dios como amor que se comunica haciéndose continuamente “presencia” de salvación en la historia de su pueblo.

Nuevo Testamento: Jesús revelador de la santidad de Dios Padre

En relación con el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento presenta una nueva significación en torno de la santidad, y permite su comprensión plena a la luz de la experiencia postpascual.

El vínculo importante con el Antiguo Testamento radica en la continuidad del reconocimiento de Dios como "santo": "Santo, Santo, Santo, Señor, Dios todopoderoso. Aquél que era, que es y que va a venir" (Ap 4,8).

En el Nuevo Testamento Dios es el "Padre Santo" (Jn 17,11) que revela su gloria en la cruz y resurrección de su propio hijo. Bajo este aspecto, la santidad de Dios se presenta como el fundamento de la vocación cristiana y la motivación de su vida renovada: "Más bien, así como el que os ha llamado es santo, así también vosotros sed santos en toda vuestra conducta" (1P 1,15-16).

La santidad de Dios se ha concretizado en la persona misma de su hijo, porque él lo ha revelado: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Jn 14,9b). Además, en Lucas, Jesús continúa diciendo: "Mi Padre me lo ha entregado todo, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar" (Lc 10,22). Y más adelante, en el texto a los hebreos, insiste en la interacción de Dios con la humanidad y cómo de manera particular se hace pleno en la persona de su hijo Jesús: "Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo el universo" (Hb 1,1-2). Lo anterior lleva a una afirmación teológica, asumida por la experiencia cristiana: Jesús es la plenitud de la revelación de Dios.

Ahora bien, si Dios Padre le ha "entregado todo" a Jesús y éste lo ha manifestado a través de su obrar, también se puede llegar a afirmar que Dios lo hace partícipe de su santidad: "Por eso, el que ha de nacer será santo y se le llamará Hijo de Dios" (Lc 1,35b; cfr. 1Jn 2,20).

La santidad de Jesús fue comprendida, asumida, testimoniada y puesta por escrito por los primeros cristianos⁷, hasta el punto de que permiten

⁷ Una clara muestra de ello son la comunidad mateana y lucana. Así lo afirma el padre Carlos Guillermo Álvarez Gutiérrez, CJM: "Por mis estudios de Biblia, yo creo que el reto de Lv. 19,2 ('Sean santos porque yo, el Señor, soy Santo') se vive en las comunidades de Mateo y Lucas de modo diferente: como 'perfección' e integridad de vida, en Mateo (Mt 5,48), o como 'misericordia con los otros', en Lucas (Lc 6,36). De este modo, el discípulo perfecto es santo (Mt) o el discípulo misericordioso es santo (Lc). Son dos comunidades diferentes, la una hebrea y la otra griega, pero nos ofrecen dos estilos o maneras de vivir la vocación a la santidad."

caracterizarla, al menos en este espacio, como vocación personal y comunitaria, pero al mismo tiempo, como realidad que se expresa en el servicio, y certeza de hacer a través de ella la voluntad de Dios.

Quien ha hecho una opción por Jesús, está llamado a la santidad. Ser santo es una vocación (cfr. Rm 1,4; 1Co 1,2), y por tanto, toda la existencia del creyente se debe leer con la clara conciencia de ser elegidos “para ser santos e inmaculados” (Ef 1,4), y para ser “hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad” (Ef 1,5).

Dicha vocación es personal en cuanto es propia de cada uno, en el marco del plan salvífico de Dios; pero se vive en comunidad, ámbito privilegiado de la santidad. Sólo en la experiencia con el otro cobra sentido la vocación común a la santidad.

La vocación comunitaria se exterioriza en el servicio, porque al seguir el ejemplo de Jesucristo (cfr. Mt 20,28), el creyente no espera ser servido sino principalmente servir con generosidad y gratuidad a los demás.

Si la santidad se caracteriza por ser vocación personal y comunitaria en actitud de servicio, ella es respuesta a la voluntad de Dios, tal como lo refiere Pablo a la comunidad de Tesalónica⁸: “Porque esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación” (1Ts 4,3a)⁹ y “el que hace la voluntad de Dios vive para siempre” (1 Jn 2,17).

El creyente está llamado a comprender y a asumir la santidad como expresión de la voluntad de Dios, y la voluntad de Dios se capta en su revelación, entendida ésta en los siguientes términos:

⁸ En Hechos de los Apóstoles se puede ver con claridad a Pablo, Silvano y Timoteo fundando la Iglesia de Tesalónica (cfr. Hch 17,1-8), aproximadamente en el año 50-51, en su segundo viaje. Las reacciones violentas de la comunidad judía les obligaron a abandonar la ciudad y dirigirse a Berea (cfr. Hch 17,10ss). Esta salida no consiguió que cesara la persecución en Tesalónica (cfr. 1Ts 2,14).

⁹ No se trata aquí de hacer un estudio pormenorizado del texto, contexto e interpretaciones de la primera Carta a los Tesalonicenses. El interés es tomar el versículo 3a del capítulo 4 con el fin de armar una reflexión en torno de la santidad; es decir, se trata de una lectura sincrónica de este versículo. Si desea hacer un estudio del texto en mención, se puede consultar, entre otras obras, las siguientes: Michel Trimaille, “La primera Carta a los Tesalonicenses”, en *Cuadernos Bíblicos* 39 (Estella-Madrid: Verbo Divino, 1982); Heinz Scürmann, *Primera Carta a los Tesalonicenses* (Barcelona: Herder, 1969). “El versículo en cuestión se encuentra ubicado en la parte ‘parenética’ de la Carta, llamada así porque trata de las orientaciones morales de la vida comunitaria definidas por el apóstol en nombre de la fe cristiana.” (Trimaille, “La primera Carta”, 47)

...el encuentro de Dios con el hombre en la estructura de la existencia humana cuando el hombre pone en marcha su propia existencia: experimentando, conociendo, juzgando, deseando, decidiendo, actuando. O sea, desplegando el propio conocimiento. Esos seis actos son la interpretación en la vida cotidiana de la *posición de Dios, o acción creadora de Dios = voluntad de Dios*.¹⁰

Esto lleva a pensar que la voluntad de Dios es su acción creadora. Por eso, captar la revelación de Dios es sentir su acción creadora, que hace hombres nuevos desde dentro, al generar en ellos la actitud de asumir la santidad no como el fin último sino como el comienzo de un proceso de divinización, lo cual no quiere decir que se llegue a ser Dios; y eso lo logra el sujeto experimentando, conociendo, juzgando, deseando, decidiendo, actuando y desplegando su conocimiento desde lo propio de Dios, es decir, el servicio, “pues no nos llamó Dios a la impureza, sino a la santidad” (1Ts 4,3-8). Esto lo ha promulgado la Iglesia a lo largo de la historia y hoy se convierte nuevamente en una llamada universal a la santidad (cfr. *Lumen Gentium*, Nos. 39-42).

La santidad es en sí misma expresión del acontecer de la divinidad al interior de la persona que se abre a la acción transformadora del Espíritu del Resucitado. En otras palabras, consiste en concretar, poner en práctica la plenitud del amor de Dios con actitud de servicio hacia el otro, en particular, hacia el excluido y marginado del escenario histórico de su propia realización humana.

FE, AMOR Y ESPERANZA: VIRTUDES ESENCIALES DE LA EXISTENCIA CRISTIANA

Desde lo etimológico, la virtud (del latín *Virtus-utis*) se entiende como fuerza, vigor o valor.¹¹ Inicialmente, una virtud es la fuerza, vigor o valor con la que cuenta el hombre para sortear cualquier situación propia de su condición humana.¹²

¹⁰ Baena y Arango, *Introducción al Antiguo Testamento e historia de Israel*, 9.

¹¹ Real Academia de la Lengua Española, “Virtud”, en *Diccionario de la lengua española* (Madrid: Espasa Calpe, 2001, XXII ed.), 2306.

¹² Para profundizar la concepción de virtud, en la Antigüedad, Aristóteles y Platón; en la Edad Media, San Agustín y Santo Tomás; y en la Edad Moderna, por ejemplo, en Kant. Consultar a José Mora Ferrater, “Virtud”, en *Diccionario de filosofía* (Barcelona: Ariel, 2001), 3704-3708.

Ya en el plano de lo religioso, la virtud tiene más en relación con el hábito de ciertas prácticas conducentes a obtener un “alto grado de santidad”, o al menos disposición para la experiencia con lo divino. En nuestro caso, la virtud está marcada por su acento cristiano. Por eso, una virtud cristiana es acogida, apertura, docilidad y fidelidad a la voluntad divina, y se logra en la medida en que se va asumiendo en serio el encuentro pleno, total y radical con el espíritu del Resucitado. Esto implica disposición humana y acción divina al interior de la persona, porque la virtud es don, gratuidad y generosidad por parte de Dios, que en su libertad “obra todo en todos” (1Co 12,6b).

La Biblia, tan rica en indicaciones concretas y en descripciones de actitudes virtuosas, carece de una terminología que exponga la noción universal contenida en la palabra “virtud”.¹³

Para la experiencia cristiana las virtudes son múltiples, pero a lo largo de su historia ha resaltado de manera particular tres: fe, amor y esperanza, en las que ve recogida y expresada la esencia de ser cristiano.

La *fe*, tal cual es presentada en el Antiguo Testamento¹⁴, relaciona dos realidades: la promesa-cumplida y la fidelidad de Dios a esa promesa (cfr. Gn 15,6). En consecuencia, Dios es para Israel el Dios fiel a la promesa y a la alianza (cfr. 1S 25,28; 2S 23,5; 1Cro 17,23; 2Cro 1,9; 6,17). Por esto, la fe es la fidelidad a las promesas de Dios, como es el caso de Abrahán y Moisés, por citar sólo dos de ellos: “Abrahán fue padre de pueblos numerosos; no manchó su honor. Cumplió las órdenes del altísimo e hizo una alianza. En su propio cuerpo marcó la señal de la alianza, y cuando Dios lo puso a prueba, se mostró fiel” (Si 44, 19-20), “Moisés... Por ser fiel y humilde, Dios lo escogió entre los demás hombres” (Si 45, 4).

Para el Nuevo Testamento, la fe es el resultado del encuentro con Jesús, el crucificado, muerto y glorificado (cfr. 1Co 15, 4). La resurrección de Jesús se convirtió en el centro de la vida cristiana: “Y si Cristo no resucitó, el mensaje que predicamos no vale nada, ni tampoco vale para nada la fe que ustedes tienen” (cfr. 1Co 15, 14).

¹³ Efectivamente, falta en hebreo un término que corresponde al griego *areté*. Los sentidos griegos que son muy numerosos –excelencia, coraje, valor militar, mérito, felicidad, prosperidad– no van de la mano con el pensamiento bíblico.

¹⁴ Un estudio significativo sobre el vocabulario y sentido teológico del término fe, se encuentra en el *Diccionario enciclopédico de la Biblia* (Varios autores, “Fe”, en *Diccionario enciclopédico de la Biblia* (Barcelona: Herder, 1993), 605-621.

Además, Pablo tiene conciencia de que la fe proviene de Dios y no de los hombres (cfr. 1Co 2,5), y de que es el resultado de un proceso de madurez (cfr. 1Co 2,6) de quienes han seguido y reconocido a Jesús como el camino (cfr. Jn 14,6); camino que los hace discípulos (cfr. Hch 9,1-43) porque han pasado de la *información* (cfr. Hch 24,22) somera del camino, a la *formación* en el camino (cfr. Hch 18,25), de la formación a la *profundización* en el camino (cfr. Hch 18,26) y de la profundización a un *encuentro* radical con el camino: Jesucristo (cfr. Hch 9,27).

Por eso, la fe es la respuesta libre y voluntaria que da la persona después de haberse encontrado desde sí mismo con el espíritu del Resucitado; pero también es un don, un regalo de Dios y se funda en él: “Para que vuestra fe se fundase, no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios” (1Co 2,5).

La fe y el *amor* son realidades inseparables. De ahí que Pablo recuerde que la fe actúa por el amor (cfr. Ga 5,6b). Además, la primera de Pedro acentúa la práctica de un amor sincero y puro: “Habéis purificado vuestras almas, obedeciendo a la verdad, para amarnos los unos a los otros sinceramente como hermanos. Amaos intensamente unos a otros con corazón puro” (1P 1,22).

El abordaje de la realidad del amor implica establecer con claridad la relación del amor de Dios al hombre, el amor del hombre a Dios y el amor del hombre al hombre.¹⁵

El amor de Dios al hombre se ha concretado en manifestaciones históricas que se caracterizan fundamentalmente por su fidelidad: “Yahvéh os ama y es fiel al juramento que hizo a vuestros padres” (cfr. Dt 7,7; Jr 12,7-9; Is 54,5-8; Os 11,1). Además, el amor de Yahvéh es misericordioso en cuanto salva y perdona (cfr. Dt 23,5; Is 43,25; Sal 86,5; Is 63,9; Os 14,4; 11-7-9). Ya en el Nuevo Testamento, el amor de Dios al hombre se concreta en su hijo Jesús, quien en, por y para el amor revela el rostro de Dios-amor.

Diversos pasajes bíblicos muestran el amor del hombre hacia Dios, que es respuesta a diversas circunstancias históricas vividas y asumidas por el mismo hombre: “Amo a Yahvéh, porque ha oído mi voz y mis súplicas” (Sal 116,1). Amar a Dios es servirlo, es guardar sus mandamientos (cfr.

¹⁵ Bonnard, “Amor”, 28-31.

Ex 20,6; Dt 5,10; 7,9; 11,1; 1R 3,3; Dn 9,4). También en el Nuevo Testamento el amor del hombre a Dios es una respuesta al amor liberador de Dios, manifestado en su hijo Jesús, porque su amor se expresa en acogida y en perdón, en sanación y en liberación, en fortalecer al desvalido y en reestablecer la dignidad a las viudas y huérfanos.

El amor de Dios a los hombres: “Él ama, y este amor suyo puede ser calificado sin duda como *eros* que, no obstante, es también totalmente *ágape*”¹⁶; y el amor de los hombres hacia Dios no tiene sentido si no hay amor al prójimo. Esto ya es muy claro en el Antiguo Testamento: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lv 19,17); pero también se incluye el amor al enemigo (cfr. Ex 23,4) y al forastero (cfr. Ex 23,9). De igual manera, Jesús en el Nuevo Testamento, hace suyos los dos mandamientos principales: “Amar a Dios y al prójimo” (cfr. Mc 12,28; Mt 22,34; Lc 10,25-27).

En pocas palabras, el amor al prójimo se traduce como servicio a Dios en una obediencia renovada a su voluntad, de servicio al hombre, principalmente en la ayuda inmediata cuando la ocasión se presenta (cfr. Lc 10,29ss); de igual forma, Jesús insiste en el amor a los enemigos y a los forasteros. La radicalidad del amor hacia el “otro” no se limita a las meras palabras sino se debe convertir en hechos concretos:

Conocemos lo que es el amor porque Jesucristo dio su vida por nosotros; así también, nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos. Pues si uno es rico y ve que su hermano necesita ayuda, pero no se la da, ¿cómo puede tener amor de Dios en su corazón? Hijitos míos, que nuestro amor no sea solamente de palabra, sino que se demuestre con hechos. (1Jn 3,16-18)

De ahí que el obrar cristiano “se cualifica y encuentra su centro en el *ágape*, es decir, en una donación sincera, intensa, perseverante y acogedora, entendida bien como participación en el amor de Dios, bien como seguimiento de la persona de Cristo, que se mostró como caridad viva en sus gestos consignados en el Evangelio (Jn 13,15; 1 Co 11,1; Ef 4,32-52; 1P 2,1)”.¹⁷

La Biblia no conoce una fe sin amor, porque no es posible una fe en Dios –que es la fuente del amor (cfr. 1Jn 4,7)– sin amar al otro, imagen y semejanza de Dios; y no es posible amar al prójimo sin esperar para él y con él

¹⁶ Benedicto XVI, *Dios es amor*, 21.

¹⁷ Marconcini, “Obras”, 1319.

aquello que se espera. Y esto implica que la esperanza sea operante por el amor, porque amar

...no es simplemente reaccionar con benevolencia a lo ya dado, sino re-crear, hacer nueva la situación de los hombres, teniendo en cuenta las causas concretas de deshumanización de lo ya dado. A los deshumanizados por ser objeto pasivo de la opresión, devolviéndole la dignidad, la esperanza y las condiciones humanas de vida. A los deshumanizados por ser sujetos activos de la opresión, exigiéndoles la conversión que les devuelva su dignidad perdida.¹⁸

La fe en Jesucristo, el crucificado, glorioso y exaltado, nacido de una mujer al llegar la plenitud de los tiempos (cfr. Ga 4,4), y el amor al otro, no sólo permite al creyente reconocerse como hijo en el Hijo, sino también le proporciona la *esperanza*¹⁹ de participar de la herencia y de la gloria de Dios, tal como lo refieren los siguientes textos: “De modo que ya no eres esclavo, sino hijo de Dios; y si hijo, también heredero por voluntad de Dios” (Ga 4,7). “Por quien hemos obtenido también, mediante la fe, el acceso a esta gracia en el cual nos hallamos, y nos glorificamos en la esperanza de la gloria de Dios” (Rm 5,2).

¹⁸ Sobrino, *Resurrección*, 123-124.

¹⁹ Un reciente estudio sobre la esperanza en San Pablo lo realiza el padre Gustavo Baena Bustamante, S.J., quien propone distinguir cuatro esquemas a la hora de hablar de la esperanza en las cartas paulinas, que si bien son diferentes, tienen contornos comunes. El primero, Rm 15,4; el segundo, Rm 5,3; el tercero, Ga 5,5; el cuarto, 1Ts 1,3-5.

- Rm 15,4: La esperanza es efecto de la paciencia y el consuelo que dan las escrituras: fueron siempre interpretadas del modo de obrar de Yahvéh en su pueblo palpado y constatado como protección exclusiva de Yahveh con Israel.

- Rm 5,3: La esperanza aparece nuevamente como un efecto de la paciencia y su fundamento; es el amor de Dios ya dado al creyente.

- Ga 5,5: La esperanza es el resultado de la fe, en cuanto ámbito de acogida de la acción del Espíritu Santo.

- 1Ts 1,3-5: Este texto es el punto de partida y el fundamento teológico de los anteriores, porque no sólo allí la fe, la esperanza y la caridad constituyen expresamente la esencia de la existencia cristiana, sino porque da razón de la causa que da origen a esta triada, a saber: el espíritu del Resucitado que actúa en el Evangelio.

En relación con este último texto, afirma el padre Baena que el eje teológico de la primera Carta a los Tesalonicenses es la elección por medio del Evangelio; por ende, su armazón interna está constituida por tres palabras: fe, amor y esperanza. Cada una de ellas preside en forma regular dos de las seis secciones que conforman la Carta, así: La fe (1,2-2,16 y 2,17,3,13); el amor (4,1-12 y 5,12-24) y la “paciencia de la esperanza” (4,13-18 y 5,1-11). Cfr. Baena, “La esperanza en la vida cristiana. Dimensión bíblica”, 209-226.

Ser “herederos” de Dios y partícipes de su gloria es también otra realidad dinamizadora de la experiencia cristiana. Porque para poder vivir es necesario un porvenir, por más incierto y sombrío que a veces sea. Pero tener un porvenir es tener una esperanza. La esperanza pertenece a la vida. Lo que aún no existe, condiciona en amplia escala lo que está sucediendo. Así, las cosas que se esperan y cómo se esperan constituyen una parte de lo que se es.

Para la Biblia, la esperanza siempre será buena y favorable. Esperar es aprehender en la fe una promesa de vida y de salvación. Tener una esperanza es tener un porvenir que, si bien puede traer consigo tribulaciones, siempre será bueno: “Sólo que esperar lo que ya se está viendo no es esperanza, pues, ¿quién espera lo que ya está viendo?”

Lo específico de la esperanza bíblica consiste en que no depende del hombre sino de Dios, pero no se realiza sin él (cfr. Jr 17,5; Job 31,24; 11,20; Ez 33,13; Jr 7,4). La esperanza es un don de Dios, y él la ofrece a pesar de toda desesperanza humana (cfr. Rm 4,18), porque es su garante: “Y esta esperanza no nos defrauda, porque Dios ha llenado con su amor nuestro corazón por medio del Espíritu Santo que nos ha dado” (Rm 5,5).

Hay que recordar que tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento la esperanza es en sí la misma; lo que es diferente es quizás la situación particular de cada uno respecto de la única esperanza.

El Antiguo Testamento espera de aquel que ha de venir. Ahí la esperanza es, de modo general, la espera llena de confianza en la protección y bendición de Yahvéh garantizada por las promesas de la alianza, en estrecha vinculación con la fe. Por su parte, el Nuevo Testamento espera de aquel que ha venido y que volverá.

Por eso, el tiempo de la esperanza siempre es también tiempo de vigilia (cfr. Mc 13,33-37). La espera vigilante del creyente se vive, celebra y actualiza en comunidad, como espacio privilegiado de la esperanza. Porque la promesa ha sido hecha a todo el pueblo de Dios, a toda la Iglesia, incluso a la creación entera. La vida cristiana es el ejercicio de una esperanza y de una vigilancia compartida.

En definitiva, la esperanza cristiana es

...componente esencial de ese todo que se llama Evangelio, cuya realidad histórica es la existencia cristiana en la comunidad, es un don, que consiste en el Resucitado

mismo dándosenos por su Espíritu y que nos hace capaces de superar con paciencia toda resistencia que se oponga a nuestra autotranscendencia o al amor incondicional al "otro".²⁰

La fe, el amor y la esperanza son inseparables: no se da una sin la otra, porque es en la fe donde la esperanza encuentra su seguridad: "Tener fe es tener la plena seguridad de recibir lo que se espera" (Hb 11,1); y en la esperanza es donde la fe encuentra su alegría y su paz: "Que Dios, que da esperanza, los llene de alegría y paz a ustedes que tienen fe en él, y les dé abundante esperanza por el poder del Espíritu Santo" (Rm 15,13). Entre la fe y la esperanza está el amor como eje transversal que anima el hoy de la fe y prepara la esperanza.

En últimas, entre la fe, el amor y la esperanza hay una unidad sin confusión, de manera que cada una de ellas está garantizada por las otras dos. Por la fe, Dios otorga un oído y corazón nuevos para comprender; con la esperanza Dios da una manera nueva de dirigir la vida indicando el sentido y fin de la existencia terrena y del amor, que también es don suyo; es la nueva manera de caminar en la fe y la esperanza que permite ser servidores desinteresados y generosos con el otro. Porque el Resucitado, por su espíritu, "es quien realmente produce la fe actuada por el amor y permanentemente resistente por la paciencia de la esperanza".²¹

Todo lo anterior permite asumir que la fe, el amor y la esperanza sean las virtudes esenciales de la existencia cristiana, porque "no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva".²²

MARÍA, MUJER, MADRE Y DISCÍPULA DESDE LA PERSPECTIVA DE LA FE, EL AMOR Y LA ESPERANZA

La fe, el amor y la esperanza son virtudes inherentes a la existencia de María, porque ella –mujer, madre, discípula y misionera– es el testimonio fiel de estas tres virtudes esenciales de la vida cristiana.

²⁰ Baena, "La esperanza", 222.

²¹ Ibid, 219.

²² Benedicto XVI, *Dios es amor*, 5.

María y las virtudes esenciales de la experiencia cristiana

Para algunos, María se encuentra muy distante, tanto en tiempo como en espacio, a la hora de indagar por sus virtudes. Según ellos, no se puede afirmar nada seguro desde el punto de vista histórico sobre María.²³ No obstante, debemos recordarles que los textos bíblicos alusivos a María no fueron escritos en función de su biografía sino –por el contrario– son testimonio de la experiencia de la primera comunidad cristiana en torno de la madre de su Salvador, de lo que han visto y oído, así como de lo que han contemplado.

A través de las referencias a Jesús y a la situación histórica que le rodeó, se puede hacer un acercamiento a la figura histórica de su madre, sin caer en la descripción pormenorizada de actividades personales, domésticas o quizás familiares de María.²⁴ Antes bien, el creyente se puede acercar a la persona histórica de María de Nazareth aceptando la significativa presencia de una mujer, madre y discípula dentro de la historia de la salvación.

De algo se puede estar seguro: los escritos neotestamentarios son testimonios claros de la persona y misión de María²⁵ y la presentan como mujer, madre y discípula de fe, amor y esperanza, realidad también asumida por la Iglesia a lo largo de la historia (cfr. *Lumen gentium*, No 65).²⁶

²³ “Se trata de aceptar, sin ningún temor a devaluar el mensaje evangélico, que esos datos narrativos no tienen como intencionalidad primera dejar constancia de unos acontecimientos históricos sino una experiencia viva de la actuación salvífica de Dios dentro de la historia.” (León Martín, “María de Nazareth, ¿mujer histórica o historia de una mujer?”)

²⁴ Se puede profundizar algunos aspectos históricos de María. Por ejemplo, asuntos relacionados con su familia: cfr. José Cristo Rey García Paredes, “La madre de un judío marginal”, en *Mariología* (Madrid: BAC, 1995), 7-31; su entorno socio-cultural: cfr. A. Puig I Tarrech, “El entorno de María”, en *Ephemerides Mariologicae* (Madrid: 2005), Vol LV, 209-221; su muerte: cfr. Joseph Gil I. Ribas, “La muerte de María”, en *Ephemerides Mariologicae* (Madrid: 2005), Vol LV, 193-207; María, ¿mujer histórica o historia de una mujer? Cfr. Trinidad León Martín, “María de Nazaret, ¿mujer histórica o historia de una mujer?” En *Ephemerides Mariologicae* (Madrid: 2005), Vol LV, 223-245; la mujer en tiempos de María: cfr. Antonio Rodríguez Carmona, “La mujer en tiempos de María de Nazaret” En *Ephemerides Mariologicae* (Madrid: 2005), Vol LV, 247-268; personalidad de María: cfr. Juan. María Arias, *Esa gran desconocida* (Madrid: Maeva, 2005).

²⁵ Para mayor profundización: A. Aparicio, *María del Evangelio. Las primeras generaciones cristianas hablan de María*; R.E. Brown, *María en el Nuevo Testamento*; C. Pozo, *María Nueva Eva*. Ver Bibliografía.

²⁶ Particularmente en la constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen gentium*, capítulo VIII: “La bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia.”

El papa Juan Pablo II, al referirse a María con relación a las tres virtudes²⁷ esenciales de la existencia cristiana, lo hacía en los siguientes términos:

Fe

La Iglesia vive de fe, reconociendo en “la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor” (Lc 1,45) la expresión primera y perfecta de su fe. En este itinerario de confiado abandono en el Señor, la Virgen precede a los discípulos, aceptando la Palabra divina en un continuo *crescendo*, que abarca todas las etapas de su vida y se extiende también a la misión de la Iglesia.

Su ejemplo anima al pueblo de Dios a practicar su fe, y a profundizar y desarrollar su contenido, conservando y meditando en su corazón los acontecimientos de la salvación.

Amor

En María, la Iglesia reconoce el modelo de su caridad. Contemplando la situación de la primera comunidad cristiana, descubrimos que la unanimidad de los corazones, que se manifestó en la espera de Pentecostés, está asociada a la presencia de la Virgen santísima (cfr. Hch 1,14). Precisamente gracias a la caridad irradiante de María es posible conservar en todo tiempo dentro de la Iglesia la concordia y el amor fraterno.

Esperanza

María se convierte, así mismo, en modelo de esperanza para la Iglesia. Al escuchar el mensaje del ángel, la Virgen orienta primeramente su esperanza hacia el Reino sin fin, que Jesús fue enviado a establecer...

Ella es, por consiguiente, para la comunidad de los creyentes y para cada uno de los cristianos la madre de la esperanza, que estimula y guía a sus hijos a la espera del Reino, sosteniéndolos en las pruebas diarias y en medio de las vicisitudes, algunas trágicas, de la historia.²⁸

Junto con los aportes de Juan Pablo II, no podemos olvidar que la fe es también apertura y respuesta a la revelación de Dios. María es la mujer, madre y discípula de la fe, porque ella se abrió y respondió a la revelación de Dios, convirtiéndose así en prototipo de creyente que ha creído en el cumplimiento de las promesas hechas por Dios (cfr. Lc 1,39-56): porque “tener fe es tener la plena seguridad de recibir lo que se espera” (Hb 11,1).

²⁷ El Nuevo Testamento ofrece un listado de otras virtudes que deben ser practicadas por el cristiano (cfr. 2Co 5,6-8; Col 3,12; Ef 4,2 y 5,9; Ga 5,22; 1Tm 4,12 y 6,11; 2P 1,5-7).

²⁸ Juan Pablo II, “La Virgen María, modelo de santidad de la Iglesia”, 227.

De ahí que “María es reconocida como modelo extraordinario de la Iglesia en el orden de la fe. Ella es la creyente en quien resplandece la fe como don, apertura, respuesta y fidelidad. Es la perfecta discípula que se abre a la Palabra y se deja penetrar por su dinamismo” (Puebla 296).

María no sólo creía sino también guardaba en su corazón todas las manifestaciones de Dios, con clara conciencia de su presente salvífico (cfr. Lc 2,19.51), tanto en su vida personal como en la vida de la comunidad: “...la fe de María la impulsa a subir al Calvario y a asociarse a la cruz (...). Por su fe es la Virgen fiel, en quien se cumple la bienaventuranza mayor: ‘Feliz la que ha creído’.” (Puebla 297). De igual manera,

... María, con su fe, llega a ser el primer miembro de la comunidad de los creyentes en Cristo, y también se hace colaboradora en el renacimiento espiritual de los discípulos (...). Ella ha vivido por entero toda la peregrinación de la fe como madre de Cristo y luego de los discípulos, sin que le fuera ahorrada la incompreensión y la búsqueda constante del proyecto del Padre. Alcanzó, así, a estar al pie de la cruz en una comunión profunda, para entrar plenamente en el misterio de la Alianza. (Aparecida 266)

Ahora bien, si la fe “en el cristianismo primitivo, particularmente en Pablo, consiste en una integración de la totalidad de la persona con el Resucitado que vive en su interior por su espíritu y que no pone resistencia a la acción transformadora de ese mismo espíritu”²⁹, entonces, María se integró totalmente a la experiencia del Resucitado; ella es poseedora del espíritu del Resucitado (cfr. Hch 2,4), y en actitud orante (cfr. Hch 1,12-14) continúa unida al espíritu del Resucitado. Por eso, María es para el creyente la “madre educadora de la fe y la pedagoga del Evangelio”: “Mientras peregrinamos, María será la madre educadora de la fe. Cuida de que el Evangelio nos penetre, conforme nuestra vida diaria y produzca frutos de santidad. Ella tiene que ser cada vez más la pedagoga del Evangelio en América Latina” (Puebla, 290). María es madre educadora de la fe porque toda su vida fue un acto de ofrenda, obediencia y confianza.

De ahí que el padre Carlos Guillermo Álvarez Gutiérrez, CJM, al estudiar a María en el Evangelio de Lucas, llega a afirmar:

Esta fe de María es, ante todo un acto de ofrenda: “Héme aquí.” Ofrenda de su ser a Dios, disponibilidad total para el plan de Dios; un acto de obediencia: “Yo soy la Servidora del Señor.” Entra en el plan de Dios; acepta su vocación no como

²⁹ Baena, *La esperanza en la vida cristiana*, 219.

un honor o una gloria, sino como un servicio que presta a Dios; un acto de confianza: “Hágase en mí según tu palabra”(…) Se entrega totalmente en las manos del Señor. Ella quiere “hacer en su vida la palabra y la voluntad de Dios, como todo buen discípulo”.³⁰

La acción transformadora del Resucitado que acontece en el creyente se concreta en la dinámica del amor, porque el amor es la apertura y entrega total al otro. Por ello, María, quien vivió en, por y para el amor, muy probablemente haya asumido en su vida terrena el “himno del amor” propuesto por Pablo:

La caridad es paciente, es amable; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta. (1Co 13,4-7)

Además, María –al pie de la cruz de su hijo Jesús (cfr. Jn 19,25-27)– testimonia su constante donación de Madre, que en la dinámica del servicio es la kénosis total de aquella que por amor acompaña en todo momento, inclusive en los momentos más difíciles de la existencia humana.

María hace del amor –más allá del mero sentimiento– un estado permanente de autotranscendencia. De ahí que

...el amor es el estado permanente del cristiano, o la autotranscendencia de la esperanza en función del “otro” por encima de todas las adversidades que nos vienen y por encima de nuestras tendencias egoístas que nos impulsan a encerrarnos dentro de los límites de nuestra propia finitud.³¹

Dado esto,

La virgen María se hizo sierva del Señor. La Escritura la muestra como la que, yendo a servir a Isabel en la circunstancia del parto, le hace el servicio mucho mayor de anunciarle el Evangelio con las palabras del *Magnificat*. En Caná está atenta a las necesidades de la fiesta y su intercesión provoca la fe de los discípulos que “creyeron en él (Jn 2,11). Todo su servicio a los hombres es abrirlos al Evangelio e invitarlos a su obediencia: “Haced lo que él os diga” (Jn 3,5). (Puebla 300)

Finalmente, el amor sostiene la esperanza: “Tener amor es... *esperarlo todo*” (1Co 13,7), porque si la esperanza jalona un devenir histórico-salvífico pleno para la humanidad, María, a pesar de las palabras de Simeón –“pero todo esto va a ser para ti una espada que atraviese tu corazón” (cfr. Lc 2,35b)–

³⁰ Álvarez, *María. Discípula de Jesús y mensajera del Evangelio*, 63.

³¹ Baena, *La esperanza en la vida cristiana*, 220.

permanece con la certeza del cumplimiento de las promesas hechas por Dios: Jesús traerá la liberación para su pueblo (cfr. Lc 2, 38); más aún, “llevará la Buena Noticia a los pobres, a anunciar la libertad a los presos y dar la vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos, a anunciar el año favorable del Señor” (Lc,418-19). Pero la esperanza de María no se reduce a un acontecimiento meramente histórico. María esperaba cosas mejores y conducentes a la salvación plena y definitiva (cfr. Hb 6,9): “Con ella, providencialmente unida a la plenitud de los tiempos (cfr. Ga 4,49), llega a cumplimiento la esperanza de los pobres y el deseo de salvación” (Aparecida 267).

De ahí que el amor vaya unido a la paciencia de la esperanza; porque la “paciencia es no cansarnos de amar, y para ello, nos apoyamos en el poder gratuito del espíritu del Resucitado que subsiste en nosotros mismos y nos hace capaces de la paciencia de la esperanza”.³²

Estas virtudes esenciales de la existencia cristiana³³ permiten continuar generando en los corazones de cada uno de los hombres un compromiso radical con el otro, en particular, con el excluido, que se convierte en víctima de los sistemas económicos, políticos y sociales reinantes en el mundo entero.

¿Cómo asumir, siguiendo el ejemplo de María, las virtudes fe, amor y esperanza?

Las virtudes se pueden vivir, como las vivió María, en un *proceso de discipulado*, es decir, de seguimiento. Esta es una propuesta eminentemente cristológica, pues no se puede olvidar que María está presente en el misterio de Cristo (cfr. *Lumen gentium* 65). Además,

...por medio de María, Dios se hizo carne, entró a formar parte de un pueblo, constituyó el centro de la historia. Ella es el punto de enlace del cielo con la tierra. Sin María, el Evangelio se desencarna, se desfigura y se transforma en ideología, en racionalismo espiritualista. (Puebla 301)

La propuesta que a continuación presento implica cinco momentos articuladores de un mismo proceso: inmersión, saturación, revestimiento, identificación y compromiso social, porque ser discípulos seguidores consiste

³² Ibid., 220-221.

³³ Además de la fe, la esperanza y la caridad, se habla también de las virtudes cardinales: prudencia (*prudentia*), justicia (*iustitia*), fortaleza (*vis o fortitudo*) y templanza (*temperantia* o *moderatio*).

en “ir detrás” de Jesús, compartir su estilo de vida, ser llamados a abrazar su misión y a compartir su destino.³⁴ Para ello, debemos asumir un proceso de inmersión, saturación, revestimiento, identificación y un compromiso social.

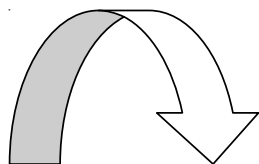
La *inmersión* es la invitación que se tiene para participar en la experiencia del Resucitado, es decir, es la tarea de vivir en, por y para Dios en unión con Cristo Jesús (cfr. Rm 6,1-11), bajo la animación de su Espíritu que santifica y anima los procesos de fe del creyente. Para ello, se necesita sentirse *saturado* del mismo Espíritu de Cristo (cfr. Rm 8,9-11), porque “el que no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece” (Rm 8,9). De ahí que el creyente está llamado a “transparentar” al Espíritu, en otras palabras, a testimoniar sus frutos: “amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, modestia” (Ga 5,22-23), porque es el Espíritu quien da vida y vida abundante para que cada cual se *revista* del Señor Jesucristo, y no busque satisfacer los malos deseos de la naturaleza humana (Rm 13,11-14).

Dados los momentos de inmersión, saturación y revestimiento, se debe pasar a un cuarto momento: la *identificación con Cristo*, que no es otra cosa que apropiarse de sus propios sentimientos: renuncia, humildad, obediencia y servicio (cfr. Flp 2, 5-8). Finalmente, y como expresión de los cuatro momentos, aparece el quinto, el *compromiso social*, porque no se entiende una experiencia de fe si no asume lo propio de Jesús, el servicio.

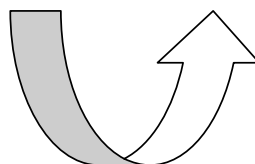
Este servicio se concretiza en la propuesta del Reino-reinado de Dios, que no es otra cosa que vivir en “justicia, paz y alegría por medio del Espíritu Santo. El que de esta manera sirve a Cristo, agrada a Dios y es aprobado por los hombres” (cfr. Rm 14, 17-18).

1. *INMERSIÓN* (Rm 6,1-11)

5. *COMPROMISO SOCIAL* (Rm 14,17-18).



2. *SATURACIÓN* (Rm 8,9-11)



4. *IDENTIFICACIÓN* (Flp 2,5-8)

3. *REVESTIMIENTO* (Rm 13,11-14)

³⁴ Para mayor profundización sobre este aspecto, se puede abordar el planteamiento de Santiago Guijarro Oporto. Cfr. Guijarro, “Seguidores de Jesús y oyentes de la palabra”, 63-93.

Este es el discipulado que vivió María, y se propone como camino a seguir para los creyentes, por ser ella mujer, madre y discípula por excelencia, que cumple la voluntad de Dios (cfr. Mc 3,31-35) en sintonía con su entorno social, económico y político sin olvidar que en “María, nos encontramos con Cristo, con el Padre y el Espíritu Santo, como así mismo con los hermanos” (Aparecida 267).

El creyente y su entorno social

Los pueblos están viviendo una rápida y profunda transformación cultural, política, económica, social y eclesial que afecta directa e indirectamente a toda la humanidad. De ahí que el cristiano, llamado a la santidad, es decir, a la apertura, acogida y fidelidad a la voluntad de Dios a través de la fe, el amor y la esperanza, tiene la tarea de hacer de los gozos y las esperanzas, de las tristeza y angustias de todos los hombres, sus propios gozos y esperanzas, sus propias tristezas y angustias como discípulo de Cristo (cfr. *Gaudium et spes* 1).

Además, es impensable ser auténticos ciudadanos, y más aún, creyentes, viviendo al margen de la realidad económica, política y social, que en muchos casos se desarrolla aislada de los principios y valores del Evangelio. De ahí la urgente y necesaria respuesta comprometida de todos y cada uno de los miembros de la sociedad de

...discernir las interpelaciones de Dios en los signos de los tiempos, a dar testimonio, a anunciar y a promover los valores evangélicos de la comunión y de la participación, a denunciar todo lo que en nuestra sociedad va contra la filiación que tiene su origen en Dios Padre y de la fraternidad en Cristo Jesús (...) La Iglesia pide a todos los cristianos que colaboren en el cambio de las estructuras injustas; comuniquen valores cristianos a la cultura global en que viven y, conscientes de los adelantos obtenidos, cobren ánimo para seguir contribuyendo a perfeccionarlos. (Puebla 15-16)

Por eso, el cristiano tiene que vivir una fe, un amor y una esperanza liberadora y santificante, sobre todo, para su ambiente inmediato, porque la santidad

...no es una prenda de vestir que se pueda colgar de un clavo cuando se entre en la vida económica y profesional. Es una parte constitutiva de la personalidad y, por consiguiente, encuentra de manera inevitable la expresión propia en la actividad cultural, económica y política. La santidad verdadera ilumina en primer

lugar las relaciones interhumanas, las sana, establece un clima redimido, pero después influye también en las estructuras sociales, culturales y políticas.³⁵

De ahí que para la Iglesia reunida en Aparecida, Brasil³⁶, el cristiano debe ser “fiel al amor” (cfr. Aparecida 127), para poder dar “frutos de amor” (cfr. Aparecida 133) y a su vez, fermento de transformación social para hacer de Latinoamérica y el Caribe, el “continente del amor” (cfr. Aparecida 128). Por eso, “para configurarse verdaderamente con el Maestro, es necesario asumir la centralidad del amor, que él quiso llamar suyo y nuevo: “Ámense los unos a los otros, como yo los he amado” (Jn 15,12)...” (Aparecida 138). Finalmente,

... la figura de María, discípula por excelencia entre los discípulos, es fundamental en la recuperación de la identidad de la mujer y de su valor en la Iglesia. El canto del *Magnificat* muestra a María como mujer capaz de comprometerse con su realidad y de tener una voz profética ante ella. (Aparecida 451)

CONCLUSIÓN

Los nuevos escenarios mundial, nacional y local, con sus “luces y sombras”, exigen del creyente un compromiso social, económico, político y religioso acorde con su experiencia de Dios, que debe tener como cimiento las virtudes de la fe, el amor y la esperanza, como las asumió María: con la clara conciencia de su unidad y como expresión de ser ellas la esencia de la vida cristiana. De ahí que ella se haya convertido para nosotros, en la “discípula más perfecta del Señor”, por su fe, obediencia a la voluntad de Dios, oyente de la Palabra (cfr. Aparecida 266).

El discipulado se ha revitalizado no tanto como tema de moda sino como experiencia y por eso es “uno de los planteamientos más prometedores de los años recientes, tanto para el ecumenismo como para la espiritualidad, ha sido el paso a simbolizar a María como el ideal de discípulo perfecto”.³⁷

De ahí que en nuestra sociedad debemos ser hombres de fe, y asumir ésta como don, apertura, respuesta y fidelidad a Dios; y siguiendo el ejemplo

³⁵ Guijarro, “Seguidores de Jesús y oyentes de la palabra”, 124.

³⁶ Me refiero a la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, llevada a cabo en Aparecida, Brasil, en mayo de 2007.

³⁷ Jonson, *Verdadera hermana nuestra*, 123.

de María, abrimos a la Palabra y a su dinamismo, que dispone nuestra existencia al encuentro con el otro en la vivencia del amor (cfr. 1Co 13,4-7); porque el amor es el “estado permanente del cristiano” que dinamiza la espera gozosa de nuevas realidades impregnadas por la acción histórico-salvífica de Dios:

... el amor es “divino” porque proviene de Dios y a Dios nos une y, mediante este proceso unificador, nos transforma en un nosotros, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final dios sea “todo para todos”. (Cfr. 1Co 15,28)³⁸

Finalmente, una devoción mariana es aquella que entiende y asume a María como modelo de mujer, madre, “discípula y evangelizadora por su testimonio de oración, de escucha de la Palabra de Dios y de pronta y fiel disponibilidad al servicio del Reino hasta la cruz” (Santo Domingo 15), así como modelo y paradigma de humanidad, como también artífice de comunión: “...Ella atrae multitudes a la comunión con Jesús y su Iglesia, como experimentamos a menudo en los santuarios marianos...” (Aparecida 268).

De esta forma, María trasciende la historia para hacerse historia viva en el corazón de cada uno de nosotros, porque ella “se ha hecho parte del caminar de cada uno de nuestros pueblos, entrando profundamente en el tejido de su historia y acogiendo los rasgos más nobles y significativos de su gente” (Aparecida 269). De ahí la necesidad de exclamar en el día a día: “Bajo tu protección y tu misericordia, oh Theotókos, nos refugiamos. No rechaces las peticiones que te dirigimos en nuestras tribulaciones, sino sálvanos del peligro, oh sola casta y bendita.”³⁹

Finalmente, debemos hacer nuestra la plegaria mariana del papa Benedicto XVI: “Santa María, Madre de Dios, Madre nuestra, enséñanos a creer, esperar y amar contigo. Indícanos el camino hacia su Reino. Estrella del mar, brilla sobre nosotros y guíanos en nuestro camino.”⁴⁰

³⁸ Benedicto XVI, *Dios es amor*, 34.

³⁹ Oración a María encontrado en Egipto, en el siglo III. (Papiro: John Ryland Library, Manchester. No. 470, cfr. María VI, 571). Citado por Th. Koehler, “Historia de la mariología”, en *Nuevo diccionario de mariología* (Bogotá: San Pablo, 1998), 837.

⁴⁰ Benedicto XVI, *En Esperanza fuimos salvados*, 86.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Gutiérrez, Carlos Guillermo. *María. Discípula de Jesús y mensajera del Evangelio*. Bogotá: CELAM, 2006.
- Aparicio, Ángel. *María del Evangelio. Las primeras generaciones cristianas hablan de María*. Madrid: Publicaciones Claretianas, 1994.
- Arias, Juan. *María. Esa gran desconocida*. Madrid: Maeva, 2005.
- Baena Bustamante, Gustavo. "La esperanza en la vida cristiana. Dimensión bíblica." *Theologica Xaveriana* Vol. 55, No. 2 (154) (2005): 209-226. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Teología.
- Baena, Gustavo, y Arango, José Roberto. *Introducción al Antiguo Testamento e historia de Israel*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Teología, Colección Apuntes, 2004.
- Bendera, Armando. *Evangelización, justicia y santidad*. Madrid: Studium, 1976.
- Benedicto XVI. *Dios es amor*. Bogotá: Paulinas, 2005.
- Benedicto XVI. *En esperanza fuimos salvados*. Bogotá: Paulinas, 2007.
- Bonnard, P. "Amor", en *Vocabulario bíblico*, 28-31. Madrid: Marova, 1968.
- Brase, I. "Santo." *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, 149-161. Salamanca: Sígueme, 1984.
- Brown, R.E. *María en el Nuevo Testamento*. Salamanca: Sígueme, 1982.
- Celam. V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Bogotá: Celam, 2007.
- Gil I Ribas, Joseph. "La muerte de María." En *Ephemerides Mariologicae. La humanidad de María*, Vol IV, 193-207. Madrid: Misioneros Claretianos, 2005.
- Guijarro Oporto, Santiago. "Seguidores de Jesús y oyentes de la palabra." En Celam, *Kerigma, discipulado y misión*, 63-93. Bogotá: Celam, 2006.
- Háring, Bernhard. *Llamados a la santidad*. Barcelona: Herder, 1985.
- Johson, Elizabeth. *Verdadera hermana nuestra*. Barcelona: Herder, 2005.
- Juan Pablo II. "La Virgen María, modelo de santidad de la Iglesia." En *La virgen María*, 225-228. Madrid: Palabra, 2001 (2a. ed.).

- León Martín, Trinidad. "María de Nazareth, ¿mujer histórica o historia de una mujer?" En *Ephemerides Mariologicae. La humanidad de María*, Vol LV, 223-245. Madrid: Misioneros Claretianos, 2005.
- Marconcini, B. "Obras." En *Nuevo diccionario de teología bíblica*, 1319. Madrid: Paulinas, 1988.
- Odasso, G. "Santidad." En *Nuevo diccionario de teología bíblica*, 1779-1788. Madrid: Paulinas, 1988.
- Pozo, Claudio. *María, nueva Eva*. Madrid: BAC, 2005.
- Puig I Tarrech, A. "El entorno de María." En *Ephemerides Mariologicae. La humanidad de María*, Vol LV, 209-221. Madrid: Misioneros Claretianos, 2005.
- Ratzinger, Joseph, y Balthasar, Hans Urs von. *María, Iglesia naciente*. Madrid: Encuentro, 1999.
- Rodríguez Carmona, Antonio. "La mujer en tiempos de María de Nazareth." En *Ephemerides Mariologicae. La humanidad de María*, Vol LV, 247-268. Madrid: Misioneros Claretianos, 2005.
- Silva Retamales, Santiago, Aguirre, Rafael, y Guijarro Oporto, Santiago. *Ke-rigma, discipulado y misión*. Bogotá: Celam, 2006.
- Sobrino, Jon. *Resurrección de la verdadera Iglesia*. Santander: Sal Térrea, 1981.

